A N E X O

IX PREMIO DE RELATOS CAMILO JOSÉ CELA PARA JÓVENES

PRIMER PREMIO DE ESTUDIANTES DE BACHILLERATO

LOS PASAJEROS DEL MUNDO

SARA GONZÁLEZ ORTEGA
Colegio SEK-Ciudalcampo de Madrid

Los sonidos estridentes de una cabina despresurizada. Las puertas se abren y se cierran. El murmullo de las ruedas. La gente que camina y gira el picaporte. Presiona el botón. Baja y sube la ventanilla. Galopan las colinas desde la ventana. De nuevo, se abre una puerta. Se cierra. Continúa el murmullo. El aire sale, entra. Mi respiración entrecortada y mi corazón latiente. Late. Para. La presión arterial sucumbe al ruido. Se funden los regueros de sangre con el agua de un vaso de plástico. El traqueteo ruge. El vaso cae al suelo. Mi sangre continua palpitante. La gente es inmune a mi mortalidad. Y sigue. Se suman al coro de corazones sedientos. Sus pasos resuenan en una moqueta insonora. Los niños chillan y las madres les mandan callar. Los silenciosos gritan en su muda protesta. Nadie habla y todos se tapan las orejas. El zumbido persiste dentro de mi cabeza enloquecida. Una colmena como aquella retratada por Cela. Llena de personajes y tertulias.

De repente, despierto. Dejo de dormitar en mi asiento del tren. No obstante, desearía seguir en aquel agobiante duermevela. Distante de todo, pero a la vez consciente. Miro a través de la ventana y me encuentro un ejército de promesas vacías. En este tren se está bien, me digo. Todos los pasajeros parecen felices, absortos en sus pantallas de colores. No obstante, una puesta de sol naranja se impone sobre el horizonte. Este sol naranja quema. No me gusta. Me mira con sus penetrantes ojos azules y me habla del sueño de una gran nación. Pero yo ya no quiero seguir soñando. Que curioso, entramos en un cambio de vía. Me pregunto qué es aquello que depara el destino. A lo lejos, se ven volutas de humo cegadoras. El paisaje se torna gris chimenea y se burla de nosotros a través de la neblina. Vaya, ahora ofrecen un refrigerio. Ya era hora. Dejo que me distraiga por un segundo y prosigo el espectáculo entre sorbitos de café. Hay gente diferente, que entre todo ese humo virulento parece sedienta. Sus cuerpos desnutridos piden ayuda a gritos. El tren se detiene para lanzarles monedas de metal ardiente. No obstante, no llegan a alcanzarlas y se pierden por el camino. Todavía tienen hambre. Pero, yo también tengo hambre. Sí, tengo hambre de humanidad, me digo. Aunque estos días el tentempié se queda bastante escaso para ambos mundos. Echo de menos

el campo en el que me crié. Aquí no hay árboles, ni pájaros que canten. Añoro aquellos erales de Lorca que soñaban verónicas de alhelí. No obstante, a lo lejos se divisan protestas enfurecidas. Indignadas ante la atrocidad de un nimio crimen. Protestas hipócritas que autorizan un homicidio en masa y lo justifican con un establecimiento de comida rápida. Quizás ya no tenga tanta hambre. Las chabolas se ven remplazadas por edificios altos y bonitos. Ya estamos llegando. Pantallas de neón me reciben con su familiar saludo. Una pasta de dientes radiante para una sonrisa más radiante. Un pinta labios rosa que me hará ser más guapa y más mujer. A pesar de todo, he de afirmar que me siento como en casa. Un perfume que les hará ser más hombres. Un móvil nuevo para remplazar al de la semana pasada. A través de este caos puedo ver a seres trajeados que se pasean de acá para allá. Creo que llegan tarde, que graciosos. Parecen los hombres de gris de Michael Ende. Siempre atareados con sus negocios aún más grises. En fin, creo que todo se está desmoronando. Pero me da igual. A mi alrededor explotan los fuegos artificiales del mañana. En espectáculo grotesco, parecen rugir con el rugir de la guerra. Y los espectadores levantan la vista desde sus pantallas descoloridas, para aplaudir con ensordecedores aplausos. Solo ven lo que quieren ver. Solo escuchan lo que quieren escuchar. No sienten, pero continúan asintiendo. Comprando la publicidad barata que les venden sus ojos y orejas de plástico. Siento como el asiento me engulle y me entra el pánico. Quiero salir del tren. Necesito pararlo. Pero el paisaje corre tras de mí con rapidez. Estamos atrapados en esta máquina de acero. Lo quieras o no. Eres parte de esta pesadilla. Los raíles chirrían, el traqueteo se intensifica. Somos ignorantes y bebemos ávidos de más ignorancia. No buscamos interrogantes, tan sólo demagogia y respuestas. Temblamos, como hojas de invierno. Como trenes sin vía. Bebemos, olvidamos y caemos. Uno tras otro, caemos con el mundo que nos hemos construido. Déjenme escapar, encontrar mi sitio fuera de esta sociedad prefabricada. Déjense de falsas sonrisas. ¿Quiénes son ustedes? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Quién es responsable de que el mundo se cave su propia tumba? Tengo frío entre tanto fuego. Quiero llorar entre tantas sonrisas. Mi espíritu está tan afligido, que los ojos me brotan del llanto. Poco a poco, el suelo se llena de un mar de pupilas saladas. Mi propia visión me incrimina por semejante escándalo. Y no paro de observarme a mi misma, a través de las miradas que ya he derramado. No me quedan más, pues mis lágrimas se han quedado secas. Vacías como mi cuerpo hueco. Dos cuencas ciegas color azabache. Quizás sea mejor así. Ojalá pudiera pedir un deseo por cada pestaña caída. Pero… ¡que ridiculez! Los deseos dejan de ser deseos si se conceden muchos a la vez. Como cartas de Navidad, repletas de juguetes que nadie usa. Como amigos virtuales, que engrosan tu autoestima con falso cariño. Los deseos deben de ser únicos. Sólo así serán codiciados y perseguidos como un pequeño tesoro. Por tanto, me dedicaré a cantar la canción del pirata, hasta hacerme con un velero bergantín. Y así cruzar mi mar de ojos en pos de un deseo de libertad. No obstante, no quiero dejar atrás a aquellos que me rodean. No puedo aceptar que no quede esperanza. Al fin y al cabo, alguien está al mando del volante.

Poco a poco, tomo una pluma y un papel y me atrevo a despertar a la gente que tengo al lado. La Cueva de Platón se llena de luz matinal. Y a pesar de la miseria, a pesar del ruido, logramos acallarlo y tornarlo un leve susurro. Recordamos las maravillas que tras las ruinas se escondían. Pintamos el universo del color de la alegría. Pensamos, cual catión con carga positiva, que los errores nos dotan de algo nuevo. Los errores de hoy en día nos hacen resilientes y se propagan cuan molaridad. La mala praxis en la vida cotidiana. El método incorrecto que aplicaste. El error del aparato… ¡que desastre! Si hay algo que puede salvarnos, ese algo es el arte. Esgrimo la cultura de un libro antiguo e insuflo aire en las almas de aquellos que empiezan a leerme. Montag aplaude a lo lejos. La ignorancia extinta es remplazada por una terrible aceptación. Y los pasajeros se levantan. "Cómete el mundo antes de que éste te coma a ti" se dicen. No pares el tren. Cambia el destino. Levanta la vista, pregúntate cosas. Y busca las respuestas que antes te buscaban a ti. Disfruta de la vida tal y como es. No seas un pasajero apagado. Las ventanas se han roto. Los asientos vacíos. A lo lejos, entre el ocaso naranja, la bruma gris, los hambrientos, las sonrisas de plástico, los fuegos y las bombas... A lo lejos se puede ver a los Pasajeros del Mundo. Han venido a cambiarlo, a mejorarlo. Armados de cultura, ciencia y arte hasta los dientes. Parecen invencibles. Quizás lo sean. Tan solo tienes que unirte a su causa alocada y comprobarlo.